

Daniel
Bergner
¿Qué
quieren
las
mujeres
?

Últimas
revelaciones de
la ciencia sobre
el deseo sexual
femenino

Daniel Bergner

¿Qué quieren las mujeres?

Últimas revelaciones de la ciencia
sobre el deseo sexual femenino

Traducción de Julia Alquézar

ÍNDICE

Capítulo 1: Animales.	11
Capítulo 2: Cuerpos y mentes	19
Capítulo 3: La fábula sexual de la ciencia evolutiva . .	41
Capítulo 4: Monos y ratas.	55
Capítulo 5: Narcisismo	81
Capítulo 6: El callejón.	101
Capítulo 7: Monogamia	123
Capítulo 8: Cuatro orgasmos	169
Capítulo 9: Magia.	183
Capítulo 10: Un inicio.	215
Bibliografía	221
Agradecimientos	231

CAPÍTULO 1

ANIMALES

Meredith Chivers estaba dispuesta a acabar con todas las creencias sobre las mujeres y el sexo del mundo civilizado. Las convenciones sociales, las listas de pecados, todas las influencias intangibles debían desaparecer. «He dedicado mucho tiempo —me contó— a volver mentalmente al pasado para saber cómo debía de ser la vida para los protohumanos.»

Cuando Chivers y yo nos conocimos, hace siete años, ella había superado la treintena. Era delgada y llevaba unas botas de tacón alto que casi le llegaban hasta las rodillas y unas modernas gafas rectangulares. El pelo rubio le caía sobre un top negro de cuello en forma de V. Era una joven pero distinguida científica especializada en una disciplina cuyo nombre, sexología, sonaba como un chiste, un error de prefijo y sufijo, de lo vulgar y lo erudito. No obstante, esa unión es de lo más serio: las ambiciones en ese ámbito han sido siempre enormes, y los sueños de Chivers no era diferentes. Esperaba poder sumergirse en el funcionamiento de la psique, conseguir ver de algún modo más allá de las consecuencias de la cultura, de la alimentación, de todo lo que se aprende, y comprender la parte más primaria y esencial de las mujeres: un conjunto fundamental de verdades sexuales que existen, inherentemente, en lo más profundo.

Los hombres son animales. En todo lo que respecta al eros, aceptamos esta afirmación como una especie de axioma psicológico. Los hombres están domados por la sociedad, son sujetos condicionados en su mayoría por ciertos límites; no obstante, la contención no es tan completa como para ocultar su estado natural, que se representa de infinidad de maneras, ya sea a través de la pornografía, la promiscuidad o la infinidad de miradas que dirigimos a cuerpos deseables que pasan por nuestro lado; un estado natural que se afirma mediante incontables lecciones de la ciencia popular, como por ejemplo, que las mentes de los hombres son dirigidas fácilmente por las regiones neuronales menos avanzadas del cerebro, así como que esos hombres están programados por fuerzas evolutivas para caer inexorablemente en el deseo ante la visión de algunas cualidades físicas o proporciones, como la ratio entre la cintura y la cadera de las mujeres, que parece inflamar el deseo a los machos heterosexuales de todo el globo terrestre, desde América hasta Guinea-Bissau; o bien que los hombres están obligados, de nuevo por los dictados de la evolución, a incrementar las posibilidades de que sus genes sobrevivan para siempre, y de ahí que se vean impulsados a esparcir su semilla y a ansiar a tantas mujeres como puedan.

Pero ¿por qué no decimos que las mujeres también son animales? Chivers intentaba descubrir las realidades animales. Para ello llevó a cabo su investigación en una serie de ciudades: en Evanston, Illinois, cerca de Chicago; después en Toronto, y, más recientemente, en Kingston, Ontario, una localidad que parece estar aislada, ser pequeña y frágil. El aeropuerto de Kingston es apenas algo más que un hangar. La arquitectura de piedras pálidas le da una atractiva y compacta solidez; todo ello, sin embargo, no elimina la sensación de que el área del

centro, en el frío lugar donde el lago Ontario desemboca en el río San Lorenzo, apenas ha evolucionado desde que se fundó como establecimiento comercial francés en el siglo xvii. En Kingston se encuentra la Universidad de Queen, una institución educativa en crecimiento y bien valorada donde Chivers ejercía de profesora de Psicología; pero la ciudad es tan inhóspita y pequeña que resulta fácil imaginar lo vacía que estaba en el pasado, sin edificios ni aceras, sin prácticamente nada más aparte de árboles de hoja perenne y nieve.

De todos modos, cuando fui a visitarla me pareció un entorno apropiado porque para alcanzar el conocimiento que buscaba necesitaba hacer algo más que librarse de los códigos sociales. Debía librarse de todas las calles, así como de las estructuras físicas e incorpóreas que nos afectan de forma consciente e inconsciente; necesitaba recrear una situación pura y primordial para poder declarar: «Esto es lo que se encuentra en el núcleo de la sexualidad de las mujeres».

En realidad, Chivers no habría sido capaz de establecer unas condiciones semejantes para sus estudios. Y es que, con casi total seguridad, esas condiciones puras nunca existieron porque los protohumanos, *Homo heidelbergensis* y *Homo rhodesiensis*, nuestros ancestros con poca frente, que vivieron hace cientos de miles de años, tenían protoculturas. No obstante, ella contaba con un instrumento para su estudio, un pletismógrafo: una bombilla en miniatura y un sensor de luz que se coloca dentro de la vagina.

Esto es lo que sus sujetos femeninos hacían cuando se sentaban en una silla marrón de cuero sintético de la marca La-Z-Boy, en el tenuamente iluminado laboratorio de Toronto donde me habló por primera vez de sus experimentos: medio reclinados en la La-Z-Boy, todos

veían una serie de escenas porno en una vieja y enorme pantalla de ordenador. El tubo de cinco centímetros de *glassine* del pletismógrafo ilumina las paredes vaginales y lee la iluminación que rebota. De este modo, mide el flujo de sangre que llega a la vagina. Oleadas de sangre estimulan un proceso llamado transudación vaginal, que consiste en la filtración de humedad a través de las células del revestimiento del canal. Así, indirectamente, el pletismógrafo calibra la humedad vaginal. Era una manera de librarse de las ofuscaciones de la mente, de la interferencia de las regiones superiores del cerebro, y averiguar a un nivel primitivo qué excita a las mujeres.

Cuando se inscribían en el estudio, los sujetos de Chivers se identificaban como heterosexuales o lesbianas. Esto es lo que veían:

Una mujer de cuerpo voluptuoso tumbada debajo de su amante sobre una manta verde del ejército; se hallan en un bosque. El hombre lleva el cráneo rapado y es corpulento. Apoya el torso sobre sus rígidos brazos y la penetra. Ella levanta los muslos y lo envuelve con las pantorrillas. El ritmo de la penetración es cada vez más rápido, los muslos de sus nalgas se tensan, y ella extiende los dedos y le agarra por los tríceps.

Después de cada clip de porno de noventa segundos, los sujetos veían un vídeo que devolvía las lecturas del pletismógrafo a la situación inicial. La cámara escaneaba picos húmedos y caía luego a una llanura seca.

Un hombre camina desnudo por una playa. Tiene la espalda en forma de V, y los músculos dibujan un ángulo hacia la ingle sobre sus muslos tensos. Lanza una piedra a las olas. Tiene un pecho enorme. Ni rastro de grasa en los muslos. Camina a lo largo de un precipicio rocoso. El pene, relajado, cuelga de lado a lado. Lanza otra piedra y estira su espectacular espalda.

Una mujer esbelta con una cara ovalada de rasgos suaves, de cabello rizado y oscuro, permanece sentada en el borde de una enorme bañera. Está bronceada y las aureolas de sus pechos son oscuras. Otra mujer sale del agua, con el pelo rubio húmedo recogido detrás de las orejas. Aprieta la cara entre los muslos de la morena y empieza a mover la lengua.

De rodillas, un hombre sin afeitar mordisquea un pene grande que se levanta sobre un vientre plano y musculoso.

Una mujer de cabello largo negro se inclina hacia delante sobre el brazo de un diván, con sus moldeadas nalgas elevadas. Después, acomoda su bello cuerpo moreno sobre el tapizado blanco. Tiene piernas largas, pechos abundantes y es alta. Se lame las yemas de los dedos y se acaricia el clítoris. Levanta y separa las rodillas. Se coge un pecho. Las caderas empiezan a moverse y levantarse.

Un hombre penetra a otro hombre, que suelta un quejido de placer; una mujer desnuda se abre de piernas en una sesión solitaria de calistenia; un hombre escultural con gafas está tumbado sobre la espalda y se masturba; otro hombre desliza el tanga negro de una mujer por los muslos y empieza a estimularla con la lengua; una mujer se sienta a horcajadas sobre otra mujer que lleva un consolador con correa.

Una pareja de bonobos, una especie de simios, dan vueltas por el campo de hierba; la erección rojiza, de color semejante a la de un cerdo, es muy visible. Abruptamente, la hembra se expone ante él, con la espalda sobre el suelo y las piernas en el aire. Mientras su compañero la penetra con ritmo furioso, ella se pone las manos sobre la cabeza, en una rendición erótica total.

Sentadas sobre la silla de cuero sintético, las sujetos de Chivers, heterosexuales y lesbianas, se excitaron en

todas las escenas, incluidas las de los simios copulando. Observar los datos recogidos por el pletismógrafo era como enfrentarse a una visión de excitación anárquica.

Éste fue mi primer atisbo de los esfuerzos de la sexología por entender el deseo femenino. El marido de Chivers, un psicólogo cuyas teorías había estudiado para otro libro sobre sexo, nos presentó. Y pronto empecé a aprender sobre esta materia no sólo de Chivers, sino también de muchas investigadoras a las que ella llamaba «masa crítica unida» de científicas femeninas, que se dedicaban a descifrar cómo funcionaba el erotismo en las mujeres. Hablo de Marta Meana y de su aparato de seguimiento de ojos de alta tecnología; de Lisa Diamond y de sus estudios de las vivencias eróticas de las mujeres, que realizó a largo plazo y en el que no usó demasiada tecnología, y de Terri Fisher, con su falsa máquina del polígrafo. También había hombres que formaban parte del proyecto. Estaban Kim Wallen con sus monos y Jim Pfaus con sus ratas, así como Adriaan Tuiten con sus mapeos genéticos y unos afrodisiacos especialmente diseñados, Lybrido y Lybridos, que se iban a enviar a la Agencia de Alimentación y Medicamentos para que los aprobaran.

Y mientras ellos me guiaban por sus laboratorios y observatorios de animales, yo escuchaba todos los días a incontables mujeres que compartían sus deseos y su desconcierto, que explicaban lo que podían y no podían comprender sobre su sexualidad. Algunas de sus historias aparecen entrelazadas en estas páginas. A Isabel, una mujer en la treintena, le atormentaba una cuestión básica: si debía casarse con su guapo y adorable novio, al que había dejado de desear. En ocasiones, cuando estaban en un bar, ella le decía: «Bésame, bésame como si fuera la primera vez que nos viéramos». Sentía una re-

verberación, terriblemente tenue, que de inmediato se desvanecía. Le parecía ridículo, y repetía de forma continuada: «Es mejor no pedir cosas así». «Ni siquiera tengo treinta y cinco años —me dijo—. ¿Ya no voy a sentir mariposas en el estómago nunca más?» Después estaba Wendy, que era diez años mayor que Isabel y se había inscrito en las pruebas para el Lybrido y Lybridos para comprobar si una píldora experimental podía restaurar algo del deseo que en otra época había sentido por su marido, el padre de sus dos hijos.

Entrevisté a otras mujeres, como Cheryl, que lenta y voluntariosamente intentaban recuperar su capacidad para sentir deseo después de pasar por una cirugía que la había desfigurado, o Emma, que quería empezar nuestra conversación en el club de *striptease* donde se había ganado la vida una década atrás; sin embargo, ellas no aparecen en estos capítulos y sus casos se tratan sin citarlas. Hice multitud de entrevistas con la esperanza de encontrar más líneas de investigación, y, al final, la ciencia reciente y las voces de las mujeres me dieron unas lecciones claras:

El deseo de las mujeres, su inherente variedad y su poder innato, es una fuerza infravalorada y constreñida, incluso en nuestra época, cuando todo parece inundado de sexo, lejos de cualquier restricción.

A pesar de las ideas preconcebidas que nuestra cultura sigue imbuyéndonos, esta fuerza, en su mayor parte, no se desata debido a una mayor intimidación emocional ni a la seguridad, como Marta Meana se encargaría de recalcar, tanto delante de sus aparatos de seguimiento de ojos como en el escenario de un casino.

Y una de nuestras hipótesis más tranquilizadoras y relajantes, sobre todo para los hombres, pero también para las mujeres, la de que el eros femenino se adapta

mucho mejor a la monogamia que la libido masculina es poco más que un cuento de hadas.

La monogamia es uno de los ideales de nuestra cultura que más apreciamos y que más arraigado está. Podemos dudar de la norma y preguntarnos si está equivocada, y tal vez no consigamos ceñirnos a ella, pero seguimos viéndola como algo tranquilizador y simplemente correcto. Define quién pretendemos ser en el aspecto romántico; dicta la forma de nuestras familias o, al menos, dicta nuestros sueños domésticos; moldea nuestras creencias sobre lo que significa ser un buen padre. En definitiva, la monogamia es, o así lo sentimos, parte del tejido crucial que mantiene nuestra sociedad unida, que evita que todo se deshaga.

Se supone que las mujeres son las aliadas naturales de los estándares, las cuidadoras, las defensoras y los seres sexuales más aptos, biológicamente, para la fidelidad. Nos aferramos al cuento de hadas y lo hacemos con la ayuda de la psicología evolutiva, una disciplina cuya teoría sexual —si se puede llamar así— se centra en comparar a mujeres y hombres, que cala en nuestra conciencia y calma nuestros miedos. Y, mientras tanto, las compañías farmacéuticas buscan una medicina, un fármaco para mujeres, que sirva como una cura para la monogamia.